

Sirva el agua de remedio
Para deshelar tibiezas
Y curar ingratitudes
Donde quiera que las vean;
Y en la virtud milagrosa
De sus efectos se vea
La fe con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

(Códice de poesías de Salinas.—It. Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.—It. Flor de varios y nuevos romances.—It. Romancero general.)

1510.

(De Juan de Salinas.)

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y celosa
Con penas, y sin Elicio;
De mal de ausencia á la muerte,
Con calentura y sin frío,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros;
Vuelos los hermosos ojos
En dos caudalosos rios;
El color de su ventura
Mas que la cera amarillo;
Con crecimiento de fuego
Y sed de su bien perdido,
De sí misma es el verdugo,
Y en la memoria da filos
A los rabiosos tormentos
Que la sirven de cuchillo.
Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo;
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastio,
Está vivo por milagro,
Pero muerto mas que vivo;
Que su mal el primer día
Es tan mortal como el quinto.
Tiene fe le dará vida
Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de «fuése»
La tiene en tanto peligro;
Y con ser médico el tiempo
De dolores peregrinos,
No le permite, y alarga
La cura como enemigo;
Qu'él no receta jamas
Sino infusiones de olvido,
Qu'en poco nobles sugetos
Obran presto y dan alivio;
Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni aun por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos;
Y quiere mas Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio
Desecha entretenimientos
De consuelo y regocijo;
Solo el eco busca y llama,
Porque dobla sus gemidos.
—Oye mis querellas, dice:
¿Dónde estás, Elicio mio?
¿Cómo, erüel, no respondes
Cuando tu nombre repito?
Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oídos,
No lleve tu fe jurada
Ni mi esperanza consigo.
Por espia va mi alma,
Y no de balde la envío,
Pues me deja en este infierno

Por gozar su paraíso.
No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo;
Que le creerán fácilmente,
En mi desdicha, su dicho.
Esto te suplico solo:
¡Mira si al amor me humillo!
Que con ser tiempo de mandas,
No mando, sino suplico.—

(Códice de poesías de Salinas.—It. Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.—It. Flor de varios y nuevos romances, 1.^a parte.—It. Romancero general.)

1511.

(De Don García de Porras.)

¿No me conocéis, serranos?
Yo soy el pastor de Filis,
Cera á su pecho de acero,
Esclavo á sus ojos libres.
Huésped en vuestras riberas,
Oponer de amor me visteis
A las armas vencedoras
Resistencias invencibles;
Mas ¡ay! ya muero, serranos;
¡Ay, amor, ya me venciste!
Los incendios de mis hielos
Tus poderes acrediten.
Para matarme, tus ojos,
Filis, el amor elige;
Que á mayores vencimientos
Bastan los rayos que visten,
A cuyo imperio suave,
A cuya fuerza apacible
No hay libertad que exceptúe
Ni hay exención que se libre.
A tu beldad las beldades
Reconocidas se rinden,
Desde las que el Bétis beben
Hasta las que el Ganges viven,
Cuyo nombre holgada, ufano,
Gloria le da mas felice
Que sus arenas al Tajo,
Que sus imperios al Tiber.
En tu alabanza mi afecto
Entre efectos imposibles
Epícleros fatigara;
Mas temo que espumas pise.
Retírase pues cobarde,
Y tanta empresa remite,
O de un águila á los vuelos,
O á los acentos de un cisne;
Que una voz ronca no puede,
Ni puede una pluma humilde
Alabarte, pues te ultraja
Quien se atreve á describirte.
Mis deseos igualmente
Que por divina te admiten,
Como á deidad te veneran
Y como á deidad te piden:
Así pues, el tiempo nunca
En tí con mudanza triste
Las rosas quite del rostro
Ni á tu cuello los jazmines;
Y la primavera hermosa
Que en tus mejillas asiste,
En siempre floridos mayos
Goce perpetuos abrilés:
Que admitas unos deseos,
Que una voluntad estimes,
Como atrevida en quererte
Acordada en elegirte.
Si tienes dueño, á tu dueño
Te hurta, mi mal te obligue,
Para que mi ardor aplaques,
Nieve que á mi cuello apliques.
Yo vi que hurtados á un muro
A que pudieron asirse,

Le repartieron abrazos
A un árbol unos jazmines.
Tú verás que á mis deseos
Solicitan persuadirse
Yedra que dos olmos trepa,
Vid que dos álamos ciñe.
Prisiones rompe de carne
Avaramente sutiles
El clavel, y fuera d'ellas
Con púrpura el aire tiñen.
Pues te incitan sus ejemplos,
Filis, sus ejemplos sigue;
Que si tú mi amor retornas
Cierto estoy que amor me envidie.—

(ALEAY, Poesías varias de grandes ingenios, etc.)

1512.

(Anónimo.)

En un alto montecillo
Qu'está entre dos cipreses,
Inclinado el codo en el suelo
Y sobre el puño las sienes,
Belardo mira los ramos
Qu'están con las hojas verdes,
Y cual crecen en el campo
Las aprovechadas mieses:
Ve cómo las frescas rosas,
Abiertas al sol, ofrecen
Los perfumados capullos
Dignos qu'el sol los abriese;
Ve cómo los arbólicos
Pequeños con fuerza crecen,
Y ve cuál la amiga yedra
Los estrecha, abraza y tuerce.
Acuérdasele de Filis,
Y viendo que le aborrece,
No puede disimular
Lo qu'en el alma le escuece
El dolor del corazón;
Arroja palabras fuertes,
Y dice contra su Filis,
Como si delante fuese:
—En todo nace virtud;
Pero en tí, falsa, descrece,
Como si fuera la tierra
En que vives, diferente.
Dejas la fe de Belardo
Por ver que mas reverdece
En tu pecho la que puso
Otro que mas agradece,
Y dejas secar la tuya,
Con muestras que no merece
La que de tu parte obliga
Que mas verde la tuvieses.—

(Flor de varios y nuevos romances, etc.)

1515.

(Anónimo.)

Era la noche mas triste
Que tuviera el triste invierno,
La mas oscura y cerrada
Que pudo mostrar el cielo,
Cuando á los sauces y alisos
Los cubre el tupido hielo,
Y á los corrientes arroyos
Vuelven carambanos secos,
Y los humildes ganados,
Temiendo el rigor de enero,
Defendiendo los vellones
Las inclemencias del cielo;
Cuando los rústicos colman
Sus chozas, casas y aperos
De los humosos tizones
De fresnos, pinos y eneldos;
Y cuando el frío cortompe

Y vence los aires negros,
Y que de turbias borrascas
Se humedece todo el suelo;
Y cuando en los solitarios
Valles se lastima el hecho,
Y la flor del lindo Adónis
Marchita la vuelve el tiempo;
Sentado en la fría escarcha
De un risco y peinado seto,
Perseguido de disgustos
Pradelo canta estos versos:

Endechas del fin del romance.

«Contentos pasados,
«Idos y dejadme,
«Pues venis á darme
«Tormentos doblados.
«Idos, pensamientos,
«Dejad ya memorias.
«Pues que vuestras glorias
«Se las llevó el viento.
«Dejá el bien ausente,
«No os acordéis d'él,
«Pues sentís por él
«Todo el mal presente.»
Y diciendo estas endechas
De sus desdenes y celos,
Dió fin, dándole á la vida,
En el solitario yermo.

(Flor de varios y nuevos romances, etc.)

1514.

(Anónimo.)

De tus cabellos, ingrata,
Aunque los gané por fuerza,
Así se entazó mi alma
Como si tú me la dieras.
¿Imaginabas, señora,
Que tu dorada madeja
De su valor perdería
Si yo adorase sus hebras?
La mañana de San Juan,
Cuando se cogen las yerbas,
Te vi de verde en la villa,
Que fué esperanza de quejas.
Desviéme de tus ojos,
Y temiendo mas tu ausencia,
Mis deseos me tornaron
A tu prision y á mis penas.
Casada dama hermosa,
Pues en tu memoria quemá
Amor con las brasas suyas
Mis tormentos por ofrenda;
Si de Riselo el humilde
La rica fe no desdeñas,
Vuelve y mira tus crueldades
Vencidas de mi paciencia.
No pido que de tu alma
Me des cualesquiera prendas;
Que las que tengo recibas,
Eso mi alma te ruega.

Romancillo del fin.

¿Mas yo por qué quiero
Meterme en dibujos,
Ni sufrir, casada,
Los desprecios tuyos?
¿Por qué he de ser necio,
Como lo son muchos,
En buscar requiebros
De un año de curso?
Ya el amor hidalgo
Se volvió en tributo;
Cuidados se compran,
Véndense descuidos.
La malicia grave
Que reina en el mundo,
Euseña á los hombres

A vivir al uso.
No soy yo, señora,
Tan blanco y tan rubio,
Que por lindo pueda
Pretender tu bulto;
Ni por ricos dones,
Que son fuertes chuzos,
Porque á Dios del cielo
Son todos mis juros.
Eres arrogante;
Mirarás en puntos,
Si en verte me alegro,
O si me demudo.
Querras que mil noches,
Mojado ó enjuto,
Tus rejas me hablen,
Que son hierros duros;
Que silbe tres veces,
Mostrando que acudo
Al incierto plazo
A que amor me trujo;
Y al darme recaudo
O billete alguno,
Llueva tu fregona
Y yo quede sucio;
Que á tu dueña compre
Antojos y junco,
Porque vuelva humano
Ese pecho turco;
Que vaya á la iglesia,
Y quede sin pulsos
Al ver que te hablan
Don Sancho y Don Hugo;
Que mis coplas sean
Novelas de Cuzco,
Flores de esperanza,
Y de olvidos fruto,
Mejor me parece
Que mis altos humos
Perfumen las aras
Y estampas del vulgo,
Que con pecho bronco
Y lenguaje bruto
Sea yo el tercero
De treinta segundos.
Con descarte de otros
Jugaré mi escudo.
Entren en baraja
Octavios y Julios:
Madrugue mi dama
Como yo madrugo;
Y en siendo de noche,
Cace como buho.
Viva el desengaño,
Pues con él me purgo
De agravios patentes
Y celos confusos.
Y tú, mas alviva
Que palma de puño,
Vuélvete á tu trono,
Y adios, que me mudo.
Contra desdichados
Todo corre turbio;
Lo fácil me valga,
Pues lo fácil busco.

(Romancero general.)

1515.

(Anónimo.)

De la arrugada corteza
De una haya, borraba Filis
Su propio nombre, y abajo
Olvido pone, y escribe:
—Yo solo pongo la mano,
Que tú la ocasión pusiste;
Desden y olvidos te borran;
Muera Filis, pues no vive.

Hoy, hombre, te desempeño
De la deuda en que estuviste:
Quitóte Albano del alma,
No es mucho que yo te quite.
Más fiel eres, verde haya,
Que aquella mano que viste
En este tosco papel
Escribir mi nombre triste.
En ti pareció mi nombre,
Y en Albano fué invisible;
Eres haya, y de mi alma
Adivino agüero fuiste.
Vuelve tu corriente luego,
Tajo, atras, que así dijiste:
«Atras volverá sus aguas
»Primero que yo te olvide.»
¿Por qué tantas esperanzas,
Albano, al viento esparciste?
De caballero te precias,
¡Pero villano anduviste!
De la que engañas me pesa,
Si fe y palabra le diste:
Haz, amor, que con olvido
Tan villana fe castigues.
¿Qué tigres te dieron leche?
Que ese rigor es de tigres:
A aquel Ulises parecés,
Que engaño tal es de Ulises.
Mayores cosas emprende;
Que aquesos hechos civiles,
Y engañar á una mujer
No son hazañas de Aquiles.
A Dido parezco yo,
Tú al cruel hijo de Anquises;
Que si ella hospedó al troyano,
Huésped del alma te hice.
Dejóle en prendas la espada,
Tú dejas memorias tristes:
Huyó por el mar Eneas,
Tú con mi esperanza huiste.—

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte. — I. Romancero general.)

1516.

(Anónimo.)

En una famosa playa
Que está á vista de Pisuerga
En el valle que sus ondas
Adornan, cimen y riegan,
De una parte el ancho río,
De otra la ribera amena,
A quien mil hojosos olmos
Abrazan, labran y cercan;
Lavan sus troncos, arroyos
Que descenden de una sierra,
Como trozos de cristal
Entre la menuda yerba;
Pues en este sitio habitan,
Volviendo cielo su tierra,
Copia de ninfas hermosas
Consagradas á Minerva;
Llegóse un solemne día,
Para el valle alegre fiesta,
En que estas vírgenes juntas
Al divino Pan celebran.
Vienen las gentes al templo
De las cercanas aldeas,
Y de las vírgenes voces
Los ecos dulces resuenan,
Que con varios instrumentos,
En iguales coros puestas,
Privan de dioses al cielo
Y de faunos á las selvas.
Cuando el rojo Apolo sube
Casi en medio de su esfera,
Haciendo los verdes ramos
Al suelo mil sombras bellas,

Se pudieran llamar penís.—
Dijo, y la Sacerdotisa
Echando la gente fuera,
Acabado el sacrificio,
Cerró del templo las puertas,
Prosigue su curso el río.
Vuelve Apolo á su carrera,
Las ninfas á sus estancias,
Y él á su barca lijera.

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte. — I. Romancero general.)

1517.

(Anónimo.)

Corrientes aguas del Tórmes,
Blanca arena celebrada,
Verdes floridas riberas,
Frescas fuentes de agua clara,
Adonde el blanco alheli
Y la violeta morada,
Rosas, lirios, madre selva,
Mil varias yerbas esmaltan;
Bajos coposos alisos,
Tarayes, junco y parras,
Sauces, álamos y fresnos
Apacibles sombras causan;
Y las aves vocingleras
Con suave tono cantan
La fama que haceis al Bétis
Y cuanto el gran Tiber baña:
Para mis ovejas fuistes
Licor que su sed mataba,
Pasto sabroso las yerbas
Que os cercan y os acompañan.
Recreábame con veros,
Y alegremente os gozaba;
Pasaba mi alegre vida
Con Filis, pastora ingrata,
Que por matarme me quiso
Un tiempo sin haber causa;
Y agora que yo la tengo,
Como mujer me desama;
Que son contrarias al uso
De razon, porque les falta;
Que si esta se hallara en todas,
Muy justo fuera adorallas.

(Romancero general. — II. Primavera y flor de los mejores romances, etc.)

1518.

(Anónimo.)

De yerbas los altos montes,
De mieses los campos llanos,
Para tí se visten, Filis,
Y se desnudan cada año.
Los valles en el invierno,
Las cumbres en el verano,
Como si fueran de nieve
Blanquean con tus rebaños.
Nunca el sol modó de cara
Siendo con su fuerza ingrato;
Ni hubo mes que no te fuese
Riquísimo tributario.
Hasta que los aires libres,
Hasta que los valles bajos,
Obedecieron tus gustos,
Las aves y los pescados:
Jamás volviste los ojos
Sin hallar anticipados
De tus públicos deseos
Los fines adivinados;
Y aun las palabras que dices
Sin fundamento y acaso,
Las interpretan y guardan
Como leyes, con cuidado.

Por la parte donde bañan
Mas corrientes las praderas,
Batiendo los flacos remos,
Llegó á la playa desierta
Aurelio, pastor que un tiempo
Celebró el nombre de Celia;
Aunque ya á Gelasia tiene
Por libertad de sus penas,
Ninfa de estas consagradas,
A quien las demas respetan
Por ser hermosa en extremo
Como en extremo discreta.
Finge que va al sacrificio
El pastor, y es solo á vella;
Porque de adoralla vive,
Aunque ningun premio espera.
Ligada á un pequeño tronco
La pequeña barca deja,
Y con presurosos pasos
Al hermoso templo llega,
Al tiempo que su Gelasia
La voz á un arpa concierta,
Mezclando las blancas manos
En las sonoras cuerdas.
Tan suavemente canta,
Que tras sus acentos lleva
A quien la oye los sentidos,
Y el alma á quien la desea.
Detiene su curso el río,
Para Apolo su carrera;
Que aunque hay en el cielo voces
Esta lo trae á la tierra.
Está suspenso el pastor,
Ni sabe si duerme ó vela;
Y no es mucho; que á los dioses
Suspende, admira y eleva:
Hasta que dejando el arpa,
De cantar la ninfa deja
Unos versos que su Aurelio
Compuso para las fiestas;
El cual volviendo en su acuerdo,
Los ojos puestos en ella,
Dice con la voz del alma
Lo que en el alma contempla.
— Gelasia, divina esposa,
Extremo fiel de belleza,
Relicario de mis gustos,
Oráculo de mis penas,
Nacida para mi gloria
Y por fin de mis querellas,
Muestra, do mostró el que puede
Alivio al poder que encierra.
Si como tienes memoria
De mis venturosas prendas,
Pues con tu voz las publicas,
De mi mesmo la tuvieras;
Si de mí no te olvidases
Como no te olvidas de ellas;
Si te acordases del árbol
Como del fruto te acuerdas;
Si el guardallas en el pecho,
A quien todo el mundo pecha,
No es mas porque son ya tuyas,
Que porque van de mi letra;
Si como a ellas las estimas
A mí me estimas y precias,
¿Qué bien puede darme el hado
A quien este bien no exceda?
Mas tente, mi pensamiento,
Que es demasiada soberbia
Querer llegar con tus alas
De ningun humano llega.
Basteme por paga justa
El ver, mi Gelasia bella,
Celebrar con voz del cielo
Cosas que no son de tierra.
Con esta vivo contento
En mis penosas tormentas,
Si las que son por servirme

Mil flores, que no se vieran
Jamás juntas en un prado,
En tus guiraldas se vieron
Mezclando colores varios,
Y cuando el tiempo las quita,
Las da la curiosa mano,
Haciendo á naturaleza
Artificiosos engaños.

(Romancero general.)

1519.

(Anónimo.)

Cantuesos y tomillos
Hacen de mezcla un capote,
Guarnecido de retama,
A las espaldas de un monte,
Donde Lisardo solía
Llamar de su dama el nombre,
Y el mismo viento á sus quejas,
Y el mismo viento á sus voces:
Estando pues una tarde
Rico de esperanzas pobres,
Dando suspiros al viento,
Y al monte quejas disformes,
A Belardo vió subido
Sobre un álamo del bosque,
Qu'el pié del monte tenía
Como guiraldas de flores;
Y que de dos tortolillas
Un nido el villano coge,
Para dárselo á su Filis
Que le aguarda al pié del monte.
Vió que bajando del árbol,
El nido en sus manos pone,
Diciéndole: — Esposa mía,
Con otros tantos te goces. —
De todos los pajarillos
Filis el mas bello escoge,
Y regalándole el pico,
Le besa y le dice amores.
Los padres al rededor
Por sus hijos daban voces;
Lisardo, en viéndolo, dice,
Movido de envidia noble:
— Acuérdomo yo, Belardo,
Qu'en el soto de la torre,
A dos tórtolas un día
Echaste del nido á golpes;
Pero como agora tienes
La compañía que goces,
Hasta los hijos ajenos
Buscas, regalas y acoges. —
Oyendo la voz Belardo:
— Era otro tiempo, responde;
Que como el tiempo se muda,
Se mudan también los hombres.

(Romancero general.)

1520.

(Anónimo.)

Olvidada del suceso
Del engañado Narciso,
Mirando está en una fuente
Filis su rostro divino;
El negro cabello suelto
Al aire vano esparcido,
Cenida la blanca frente
Con un listón amarillo.
Mira los hermosos ojos,
Y el labio en sangre teñido,
De los cristalinos dientes
Adornado y ofendido.
No se mira el bello rostro
Por presunción que ha tenido,
Mas porque le mueve á ello

El desprecio de su amigo.
Hála dejado el cruel,
Sin haberlo merecido;
Porque vale ménos qu'ella,
Y es d'ella ménos querido.
Parecióle que enturbiaba,
Con las perlas que ha vertido,
Las corrientes amorosas,
Y sollozando les dijo:

Cantar.

— « Turbias van las aguas, madre,
» Turbias van,
» Mas ellas aclararán » —
Si el agua de mi alegría
Enturbia la de mis ojos,
Y le ofrece mis despojos
El alma en mi fantasía,
Sospechas son que algun día
Tiempo y amor desharán:
« Turbias van, etc. »
Si fatiga el pensamiento,
Y si enturbia la memoria
Juntar la pasada gloria
Con el presente tormento;
Si esparcidos por el viento
Mis tristes suspiros van:
« Turbias van las aguas, etc. »

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte. — It. Flor de varios y nuevos romances, etc. — It. Romancero general.)

1521.

(Anónimo.)

Al tiempo que el alba bella
Corre del oriente claro
Las cortinas, dando al suelo
Clara luz y sol dorado;
Con desengaños y quejas,
Entretenido y burlado,
Llorando memorias tristes
De sus bienes malogrados;
Mirando las claras ondas
Del hondo y corriente Tajo,
Cómo van y cómo vienen,
Ya de prisa, ya despacio,
Estaba el pastor Riselo
De su Risela olvidado:
Cosa que fuera imposible,
A no ser él desdichado.
La melena al rodapeo,
El rostro doliente y flaco,
Y en vez de su sayo el verde,
Un pellico negro y basto;
Luto miserable y triste
Para el triste cabo de año,
De sus bienes que murieron,
Porque viven sus cuidados.
Sacó del zurrón lanudo
De su Risela un retrato,
Entre unos cabellos de oro
Escogidos de su mano,
Y en un papel por memoria,
Como estándolos cortando,
Le dijo: — Riselo mío,
Tuyos son, corta otros tantos. —
Pero como no es posible
Que en amor quepan agravios,
Tras mil ayes y suspiros,
Cantó mirando el retrato:

Villancico.

« Cuando mas léjos de tí,
» Mas contigo, y mas sin mí »
Cuanto mas das en dejarme
Olvidarte y olvidarme,
Doy, señora, en no trocarme,

Y vivir como viví,
« Mas contigo, y más sin mí. »
Contemplo la hermosura
De tu divina figura,
Y lloro con desventura
La ventura que perdí,
« Más contigo, y más sin mí. »

Sigue el romance.

Tras estas ternezas dulces
Dijo: — ¡Triste del cuitado
Que de su consuelo vive,
Y adora un muerto traslado! —
Volvió, envuelto en los cabellos,
A su zurrón el retrato,
Y corrido de si mismo,
Se fué por el soto abajo.

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte. — It. Flor de varios y nuevos romances. — It. Romancero general.)

1522.

(Anónimo.)

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo;
Quiero decir, una cueva
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido,
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quebras,
Mil viboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales, vistas del fuego
Que arroja de si la cueva,
Dicen: « Esta es la morada
» De los celos y sospechas. »
Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra;
El cual oyendo, le dijo:
— Pastor, para que te crea
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia:
Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz, ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan continuo y hielan.
Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas:
Viboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos

De mi querida Silena. —
En pronunciando este nombre,
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

(Flor de varios y nuevos romances. — It. Romancero general.)

* Algunos creen que este es el célebre romance que Cervantes llamaba el de los « celos. »

1523.

(Anónimo.)

Los pámpanos en sarmientos
El estío va trocando,
Y entre los verdes racimos
Maduran algunos granos.
Segadas ya las espigas,
Son rastrojos los sembrados,
Y el labrador con sus eras
Tiende parva, y trilla ufano.
Hechas muela las ovejas,
Temiendo del sol los rayos,
Unas á la sombra de otras
Hacen siesta en campo raso:
En esta sazón Riselo
Estaba junto á un ribazo
Hecho por las avenidas
De un pedregoso barranco.
No tiene miedo al bochorno,
Cuya calma abrasa el campo,
Que solo fuego de amor
Le puede pasar el sayo.
Con mil imaginaciones,
Entre los duros guijarros
Escucha el ruido sordo
De un arroyo manso y claro,
Por el cual vió que venía
Ya paciando, ya rumiando,
Una vaca y un novillo
Pisando el agua despacio.
La vaca baya y cerril
Remendado cuello y manos;
El novillo fosco y nuevo,
Lomo negro y pecho blanco.
— ¡Que haya amor entre estos brutos,
Dijo torciendo los brazos,
Y que me olvide Risela!
¿ Es posible tanto agravio?
Mis esperanzas floridas
Son abrojos, heno y cardos.
¡ Ay promesas mujerieles,
Mas vanas que el aire vano! —
En esto vió que salía
De la sombra de un peñasco
Un toro de agudos cuernos,
Y de cerviguillo pardo.
Robarle quiere la vaca
El pendenciero ribaldo:
Hacia el novillo arremete,
Ya le amenaza bramando.
Riselo que vió esta fuerza,
El gaban dejó del brazo,
Con la honda le detiene
Sin valerse de su dardo;
Que si el toro es bravo y fiero,
El pastor es fiero y bravo.
— Allá vayas, bestia fiera,
Dijo el pastor suspirando:
Deja gozar al novillo
De su vaca tiempo largo,
Y maldito sea de amor
Quien buscare amor forzado. —

(Flor de varios y nuevos romances. — It. Romancero general.)

1524.

(Anónimo.)

Pedazos de hielo y nieve
Despiden las sierras altas,
Por las lluvias importunas
Quedando á pedazos pardas;
Sacuden los altos pinos
De sus renuevos la escarcha;
Murmuran los arroyuelos
Que ántes helados callaban:
Cuando estaba un pastorcillo
A la vista de Jarama,
Cercado de su cabrio
A quien hace inútil guarda,
Hincando estacas de enebro
A sombras de una carrasca,
Para levantar la choza
Que su ventura imitaba.
Cansado ya de poner
Para su defensa ramas,
Así se queja del tiempo
Y de fortuna voltaria:
—«¡Ay de mis cabras!
«¡Ay de la perdición de mi esperanza!»—
Yo soy Riselo el humilde,
El que al novillo y la vaca
Libró del ribaldo toro
Que amor forzado buscaba.
«¡Ay de mis cabras, etc.»
«¡Ay de mi vida que muere
En ver que mis ojos lavan
Manchas de celos y quejas,
Y que no salen las manchas!
«¡Ay de mis cabras! etc.»
Otros muchos ganaderos
Ajenos y ufanos pasan,
Que ayer andaban desnudos
Tras de mil ovejas flacas:
Solo mi hato desmedra
Por andar en tierra extraña;
Porque pasaste mis bienes,
Tiempo, con ligeras alas.
«¡Ay de mis cabras!
«¡Ay de la perdición de mi esperanza!»

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte. — It. Romancero general.)

1525.

(Anónimo.)

Tronando las nubes negras,
Y espesos los claros aires,
Con remolinos y polvo
Señalaban tempestades;
Tinieblas cubren la tierra
Sin que la noche llegase,
Y el sol se escondió, huyendo
De los relámpagos grandes.
Entre dos tajadas peñas
Junto á un monte de arrayanes,
Estaba Riselo solo
Con sus cabras una tarde;
Y antes que el pastor pudiera
Recogerlas ni guardarse,
Rompen las nubes sus senos,
Y disformes piedras caen.
—«¿Qué es esto? cielo, decía:
«¿Tan grande venganza cabe
En vuestro pecho piadoso
Contra simples animales?
Si yo soy el que pequé,
Mi ganado no lo pague;
Y si el mio lo merece,
Al que es ajeno dejadle.
Mil fieras contrarias mías
Huyendo van á buscarme;
Que al hombre acuden los brutos
En peligros semejantes.

Dejad mi pobre cabrio,
Medrosas fieras, dejadme,
Y buscad quien os guarezca
Sin que el cielo os descalabre.—
En esto pasó la nube,
Mostrando por otra parte
El sol sus dorados rayos
Y su divino semblante.
Alegre quedó Riselo
Diciendo á su mal que aguarde
Alguna mudanza de estas,
A pesar de sus pesares.

(Flor de varios y nuevos romances, etc. — It. Romancero general.)

1526.

(Anónimo.)

Una bella pastorcilla
Haciendo estaba una hoguera,
Para quemar de su amante
La memoria y las preseas,
Burlada, quejosa y triste;
Que han de ser todas sospechas
Las prendas de Elisa Dido,
Dejada del falso Enéas.
Los cordones del zurrón
De sataba á toda priesa,
Porque ardía su venganza
Mas que la encendida leña.
Lo primero que sacó
Fuéron dos pliegos de letras,
Que mal ó bien, su pastor
Se preciaba de poeta.
Un Cupido á la malicia
Tirando flechas de perlas,
En un sardesco de alquimia
Con Vénus á la vergüenza.
«¡Ay dádivas mal seguras!
«¡Ay falsa correspondencia,
Que siendo terceros mudos
Teneis hechiceras lenguas!
«¿Quién me diera un griego astuto
Que me hiciera con su ciencia
Tan sorda para lisonjas
Que burlara las sirenas!
Ya que la mano extendía,
Asíóle Riselo de ella,
Que cubierto entre unos pinos
Se pudo esconder muy cerca.
—«¿Qué haces, pastora amiga?
«¿Qué has habido? ¿Por qué quemas
A los que el fuego no sienten,
Y á los que no sienten hielas?
Mucho de tu esfuerzo fias,
Si determinada piensas
Que dentro del alma reinan.
Escarmienta en mí, que un día
Rompi dos pliegos de letras;
Y la cólera que digo
«¿Sabe Dios cuánto me cuesta!—
Dijo, y la triste pastora
Turbada respondió: — Mueran
De mi rebelado amante
Estos testigos de ofensas;
Que con tratamiento injusto
Podrá ser que de vergüenza
Se canse mi libertad
De buscar dichas ajenas.—
Al fin moderó su enojo;
Y Riselo la aconseja
En que deje de vengarse,
Y en que al amor obedezca.

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte. — It. Romancero general.)

¹ Es el mismo que en el Romancero general dice así: Una rubia pastorcilla.

1527.

(Anónimo.)

—De tus tristezas, Riselo,
Murmura toda la aldea;
Al amor le dan la culpa,
Y á tus recelos la pena.
No acudes adonde cantan,
Porque no cantan endechas,
Ni hablas á las casadas,
Ni miras á las doncellas.
Los cantares que compones
Son por la niña morena;
Y las niñas de ordinario
Son mudables y traviesas.
Pareces descomulgable,
Y no es bien que lo parezcas.
Cuando estás á solas ardes,
Y acompañado te hielas.
Entre ti contigo hablas,
Como aquel que da respuestas
A las preguntas del alma,
Que se regala ó se queja;
Mas luego los ojos bajos
Enmudeces, y á la tierra
Parece que le demandas
Lo que los cielos te niegan.
Ya de colores te vistes,
Ya te pones capa negra,
Como si el mudar de trajes
Fuera mudar de sospechas.
No sales por las mañanas
A ver galana la vega,
El prado con yerba y flores,
Y con hojas la arboleda.
Ni á mirar las opiladas,
Que piensan gastar durezas
Con el acero que toman,
Estando de hierro hechas.
Apártate de las gentes,
Cíete condición emienda,
Que dicen que suele darte
Dolor, y no de cabeza.—
Esto le dice á Riselo
Una serrana discreta,
Y agradecido responde,
Mostrándole que se alegra:
—Serrana de lindos ojos
Y de condicion mas bella,
Dame tus hermosas manos,
Abrazame y besarélas.
Unos recelos traidores,
Amiga, tanto me cuestan,
Que apenas vivir podia,
Y tener juicio apenas.
Pero tú, serrana mía,
Alegraste mis tristezas,
Como el aba tras la noche,
Y como el sol tras tinieblas;
Y porque vienen del valle
De coger la madre selva
Maldicientes aldeanas,
Yo me voy, á Dios te queda.»

(Flor de romances, 4.^a y 5.^a parte. — It. Romancero general.)

1528.

(Anónimo.)

El pastor Riselo un día
Desde su estrecha cabaña
Miraba sus ovejuelas,
Y su ventura miraba.
Igual desdicha les corre.
Las ovejas andan flacas,
Y la ventura, de corta
Muy perdida y muy escasa.
Alzó los ojos al cielo,

Al sol los ojos alzaba,
Que como entonces salía,
Pudo mirarle la cara.
Miraba sus rayos de oro,
Que metidos en la escarcha,
Parece que brota el suelo
Aljófara, perlas y plata.
Luchando estaba el calor
Con la frialdad helada;
Algunas veces la vence,
Y algunas vencido andaba.
Tras esto vió cómo el cierzo
Hacia el oriente pasaba
Muchas nubes, que cubrieron
Al sol que el hielo ablandaba.
Llorando quedó el pastor
De ver que en esta mañana
Su ventura y sus deseos
Tienen viva semejanza.
Cuando el hielo de Narcisa
Con rayos de amor ablanda,
Tristes nubes se lo estorban
De mil sospechas sin causa.
Al fin quejoso y humilde,
Envió al cielo estas palabras;
Tristes suspiros las llevan
Porque mas de prisa vayan:
—Cielo, pues te llamas justo,
No dejes que el tiempo haga
Tanto frio en mi pastora,
Y tanto ardor en mi alma.—

(Romancero general.)

1529.

(Anónimo.)

Por celosas niñerías,
Aunque de amores se abrasan
Riselo y su Fausta bella,
Ni se miran ni se hablan.
El hace del muy quejoso,
Y ella, muy de la enojada;
El aguarda á que le ruegue,
Ella quiere ser rogada;
El muestra tener sosiego,
Ella, que está sosegada;
El, que vive ledo y libre;
Ella, leda y libertada.
El finge nuevos amores,
Ella, que de nuevo ama;
El no le canta canciones,
Ella no le hace ventana;
Y aunque su mal disimulan,
Como está viva la causa,
Un mismo dolor padecen
En lo secreto del alma.
Eacontráronse una tarde,
Al tiempo que el sol hurtaba
Sus claros rayos al cielo,
Para darlos á su hermana.
Al fin Fausta dió un suspiro,
Y como parte mas flaca,
Tan forzada como hermosa,
De esta manera le habla:

Cancion real que dice la Pastora.

Riselo de mi alma y de mis ojos,
O por mejor decir, tuyos y tuya,
Pues todos tres se van tras su cuidado:
Haz que me restituya
Tu pecho enajenado
Mi libertad, perdida por antojos,
Que así pueden llamarse tus verdades.
«¡Ay celos malhechores!
«Que por un no sé qué matais de amores.
«Si quierdes ó quisiste en algun tiempo
«Mis desdichadas prendas que aborreces,
«O ya que no aborreces, desconfias,

Mira que muchas veces
Llorando me decías :
Alma , regalo , amor y vida mia ,
Si tuyo no soy todo , nada sea .
« ¡ Ay celos malhechores ! etc. »

Sigue el romance.

Arrasados ambos ojos
De la ternera del alma ,
Llorando ya de placer
El que de celos lloraba ,
Arrodillado á sus piés
D'esta manera le habla :

Caucion real, que dice el Pastor.

Pastora , cuya luz y cuya gloria
Rige mi corazon , mi fe y mi vida ,
Tú poderosamente como sabes :
Si en tus querellas graves
Estás de mi ofendida ,
Apúreme el amor hasta la escoria ,
Y nieguenme tus labios su dulzura .
« ¡ Ay celos malhechores ! etc. »
Si no vivo , señora , en tu contento
En mi pecho afligido y amoroso ;
Si tuyo no es el sér que me sustenta ,
Por muerte sufra y sienta
El cuidado celoso
Que por tus niñerías sufro y siento ,
Que así pueden llamarse tus verdades .
« ¡ Ay celos malhechores , etc. ! »

Sigue el romance.

Ricas razones se dicen ,
Perpetuas paces juraron ,
Estrechamente se abrazan ,
Y muy amigos quedaron .
Querellas donde hay amor
Son rocío que á la fragua
Antes la avivan y encienden
Porque dure mas la llama .
Y tras mucho arrepentirse
De la extrañeza pasada ,
Tiernamente se despiden ,
Y segunda vez se abrazan .

(Romancero general.)

1530.

(Anónimo.)

Era la noche mas fria
Que tuvo el lluvioso invierno ,
La mas oscura y cerrada
Y la de mayor silencio ;
No se mostraba ninguna
De las lumbreras del cielo ,
Mas que si entonces volviera
A su principio primero ;
En las cumbres de altos montes
Ardian algunos fuegos ,
Fingiéndolos las tinieblas
Muy cerca , aunque estaban léjos ;
Solamente interrumpia
Este general silencio ,
Excediendo á sus riberas
Con sus turbias aguas , Ebro :
Cuando Damon no podia
Rendir los ojos al sueño ,
Dando rienda á sus cuidados ,
Y gloria á sus pensamientos ;
Y en sus imaginaciones ,
Lastimado y satisfecho ,
Viendo que nadie le oye ,
Despidió la voz diciendo :

Endechas del fin del romance.

Verdades , salidas
Por fuerza del pecho ,
No habeis poco hecho ,
Pues que sois creidas ,

Si á la que me mata

Le quitan la excusa ,
Si acaso la acusa

El amor de ingrata ;
Que cuando os tenia

Mudas en mis ojos ,
Eran mis enojos

Solo á cuenta mia .
Porque aunque confiesa

Que os vió , no bastaba ,
Si el derecho estaba

En la voz expresa .
Id siempre desnudas ,

Y como atrevidas ,
Mostrad las heridas

Que encubren las dudas ;
Y si os prometieren

Remedio al engaño ,
Creed mas mi daño

Que lo que os dijeren :
Pues cuando otra cosa

No quisieren darme ,
No podrán negarme

Sepultura honrosa .
Y allí por trofeos

Estarán pintados
Libres los cuidados ,

Presos los deseos ;
Y los largos años

Que os entretuvisteis ,
Y cómo servisteis

Señores extraños ;
Y cómo mi fe

Conservó su asiento
En el pensamiento

Donde la oculté .
(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte. — It. Flor de
varios y nuevos romances. — It. Romancero
general.)

1531.

(Anónimo.)

— Frescas aguas transparentes ,
Que márgenes de esmeraldas
Engastan vuestros cristales ,
Y vuestros cursos atajan ;
Nuevos árboles vestidos
De la color de esperanza ,
Que altivos estáis mirando
Cien mil florecillas variadas ,
Ya los cantos de las aves
En otro coro discantan
Vuestras inquietas hojas
Del manso viento ayudadas :
Prados , flores , aves , vientos ,
Arboles y azules aguas ,
Testigos de mis suspiros ,
¿ Quién de mi Celia me aparta ?
¿ Qué sirven vuestros contentos
Al que sin Celia le cansa
Vuestra vistosa presencia ,
De todos tan celebrada ?
¡ Ay pesadas alegrías ,
Siestas prolijas , cansadas ,
Vida de mis impaciencias ,
Muerte de mi gusto amarga !
¡ Ay , mi Celia , de los ojos ,
Si de tu cielo me falta
Aquesta luz que me alumbrá
Firme , hermosa , sosegada !
Sin tí otros resplandores
Me son cometas airadas ,
Relámpagos presurosos ,
Rayos que todo lo abrasan .
Fuera cometas , rayos ,
Relámpagos , vientos , llamas ,
Sombras , nublitos , torbellinos ,

Envidias celosas , vanas ,
Que solo á su Celia adora
Y su sér divino alaba
Un pobre pastor humilde ,
Que por ser suyo se ensalza .—
Esto callando publica
Fausto en aquella mañana ,
Principio de mayo , cuando
Amor á sus cortes llama .

(Romancero general.)

1532.

(Anónimo.)

Mirando el sagrado Ebro ,
Su curso y corriente sesga ,
Junto á los soberbios muros
Que fundó el Augusto César ,
Consideraba Galcerio ,
Si un amante considera ,
Sus marchitas esperanzas
Y mal logradas firmezas .
Sus pensamientos revuelve
Y sus efectos contempla ,
Y viendo sus tiernos frutos
Segados en fragil yerba ,
Tras un suspiro dice :
— « ¡ Oh cruel Lisbella ,
Desbaza el padecer , ó mi querella !
¡ Oh cuántas veces , ingrata ,
Olvidé mis ovejuelas
Por acordarme de tí ,
Y les di la sal con piedras !
¡ Y cuántas el cauto lobo
Hizo ejecutivas presas
Mientras tú en mis pensamientos
En su huérfana inocencia !
¡ Y cuántas veces bebieron
En las rebalsadas presas ,
Y cuántas las yerbas mustias
Les hice comer por fuerza !
« ¡ Oh cruel Lisbella , etc. »
¡ Cuando á tu presencia fui ,
Que de moradas violetas
Y de nevados jazmines
Mi falda no fuese llena ?
¡ Cuando en tocar la manzana
Tu mano no fué primera ,
El sazonado madroño ,
Y la regalada serva ?
¡ Y cuándo mi voluntad
Fué un punto libre ni exenta
Desde que te pude ver ,
Sino cautiva y sujeta ?
« ¡ Oh cruel Lisbella , etc. »
Yo suspendiera en tu templo
Estas humildes ofrendas ,
Si , como á mis esperanzas ,
No las echara por tierra .
Vergüenza hé que los pastores
De Manzanáres me vean
Arrojado en el profundo
De tan extrañas miserias ;
Porque del nombre de ingrata
Te alabas tanto y te precias ,
Y de ser dueño de un alma
Que te adora y tú desechas .
« ¡ Oh cruel Lisbella , etc. »
¡ Mas , ay triste , á quién me quejo !
Que son sin fruto mis quejas ,
Y por serme algún alivio ,
Como tal se me deniega .
Aqui han de morir conmigo
Sin que el pellico las sepa ;
Que los secretos del alma
Están muy mal fuera d'ella .
Y tú , fugitivo curso ,
Que su tributo al mar llevas ,

T. XVI,

Llevarás lágrimas mías ,
Mas no efectos de mi lengua .
« ¡ Oh cruel Lisbella ,
Desbaza el padecer , ó mi querella ! »

(Romancero general.)

1533.

(Anónimo.)

De una guija en otra guija ,
Y de una en otra pizarra ,
Se rompía un arroyuelo
Que el pastor Lisio miraba ;
Y contemplando entre sí
La prisa con que se alcanzan
Unas ondas á otras ondas ,
Unas aguas á otras aguas ,
Mirando , dice al arroyo ,
Si bien mirar le dejaban
Lágrimas , que sus crecientes
Le crecían y enturbiaban :
— Tal es mi pena celosa ,
Tal es mi celosa basca ;
Pues que no menores guijas
De sospechas me quebrantan ;
Y no con prisa menor
Se alcanzan tarde y mañana
Unos miedos á otros miedos
Y unas ansias á otras ansias .
Sigamos pues á la par ,
Yo á la fuerza y tú á la causa ;
Tú , la de tu natural ,
Y yo , la de mi desgracia :
Que segun con la violencia
Que corres y amor me trata ,
Presto los dos llegaremos ,
Yo al fin , tú á la mar salada .—

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte. — It. Roman-
cero general.)

1534.

(Anónimo.)

Una parda mariposa ,
De su inclinacion llevada ,
Se acercaba hácia una vela
Batiendo apriesa las alas .
Ya de léjos la rodea
En rueda espaciosa y ancha ,
Ya de cerca , aunque con miedo ;
Que á nadie el morir agrada ;
Ya huye , y al punto vuelve ,
Ya se atreve y se acobarda ;
Mas al fin , como era fuerza ,
Llega y éntrase en la llama ,
Adonde acude á impedirle
Un pastor que la miraba ,
Y cuanto mas la desvia
Mas en el fuego se lanza ;
Y con un suspiro grave ,
Que del triste pecho saca ,
Dice : — ¡ Oh fuerza natural ,
Inclinacion temeraria ,
Que cuanto mas te remedio
Mas sigues lo que te daña !
Mas si es fuerza , ¿ qué aprovecha
Hacer resistencia humana ?
¡ Oh desdichada avecilla ,
Páreceme en ser forzada .
Que yo tambien voy siguiendo
Mi muerte sin esperanza !
Y cuanto mas mi enemiga
Me la impide y desengaña ,
Mas sigo tras mi cuidado ,
Y ménos mi fe se acaba ,
Teniendo por premio d'ella
Solo el estimar su causa ,
A pesar de mil memorias

31